



# El legado de los ensayos nucleares

**Para aumentar la capacidad destructiva y letal de sus fuerzas nucleares, y para enviar advertencias a sus adversarios, los países con armas nucleares han llevado a cabo más de 2.000 ensayos nucleares en todo el mundo desde 1945.**

Al liberar enormes cantidades de radiación a la atmósfera y a los océanos, estos experimentos tóxicos han causado epidemias de cáncer y otras enfermedades crónicas. Extensas franjas de territorio siguen siendo inhabitables, incluso décadas después del cierre de los sitios de ensayos nucleares.

En el estado estadounidense de Nuevo México, apenas tres semanas antes de los bombardeos nucleares de Hiroshima y Nagasaki, el Gobierno de Estados Unidos llevó a cabo el primer ensayo nuclear del mundo, bajo el nombre en clave «Trinity». Su gigantesca bola de fuego convirtió la arena en cristal, iluminó las montañas circundantes y elevó al cielo un hongo nuclear de restos radiactivos a 12 kilómetros de altura.

Las consecuencias para los trabajadores del sitio de ensayo y para las comunidades cercanas fueron devastadoras, y se siguen sintiendo a día de hoy.

En más de otros 60 sitios de ensayos nucleares repartidos por el planeta, desde los desiertos de Australia y Argelia hasta las estepas de Kazajistán y los atolones del Pacífico, ha sucedido lo mismo para las personas que trabajaban en ellos o vivían viento abajo o corriente debajo de ellos.

## Sitios de ensayos nucleares

Se han ensayado armas nucleares en Argelia, Australia, China, Corea del Norte, Estados Unidos, India, Islas Marshall, Kazajistán, Kiribati, Mā'ohi Nui (Polinesia Francesa), Pakistán, Rusia, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán.

Los ensayos nucleares atmosféricos —se realizaron más de 500 entre 1945 y 1980— tuvieron un efecto especialmente dañino, ya que dispersaron partículas radiactivas a lo largo y ancho del planeta. Su fuerza destructiva combinada equivalía a 29.000 bombas de Hiroshima.

A día de hoy, todas las personas vivas llevan en su cuerpo sustancias radiactivas procedentes de ensayos atmosféricos, lo que incrementa su riesgo de padecer enfermedades. Los médicos calculan que, con el paso del tiempo, esos ensayos del pasado causarán al menos cuatro millones de muertes prematuras por cánceres y otras enfermedades.

Los ensayos nucleares realizados bajo el agua y bajo tierra también han tenido impactos a largo plazo sobre la salud y el medio ambiente.

En la segunda mitad del siglo XX, la preocupación mundial por los efectos de los ensayos nucleares dio lugar a grandes movimientos de protesta en muchas partes del mundo, lo que llevó a que los dirigentes negociaran una prohibición parcial en 1963 y una prohibición completa en 1996. Ambos han contribuido a frenar los ensayos nucleares en todo el mundo.

Sin embargo, las consecuencias de los ensayos del pasado para la vida de las personas y para los frágiles ecosistemas de la Tierra se seguirían notando durante generaciones. La comunidad internacional tiene el deber no solo de garantizar que no vuelva a causarse semejante destrucción, sino también de trabajar para reparar el daño ya hecho.

Muy pocos supervivientes de los ensayos nucleares en cualquier parte del mundo han recibido compensación por su sufrimiento, y los esfuerzos por descontaminar los antiguos sitios de ensayos nucleares han sido manifiestamente deficientes. En algunos sitios, las infraestructuras deterioradas suponen un riesgo continuo de nueva contaminación.

## Racismo radiactivo

Las creencias racistas han sustentado a menudo decisiones relativas a los ensayos nucleares: los gobiernos y las fuerzas coloniales han considerado a los pueblos indígenas como prescindibles, y sus tierras sagradas como carentes de valor y «remotas».

«Nuestra tierra, nuestro mar, nuestras comunidades y nuestros propios cuerpos llevan ya el legado de estos experimentos mortíferos, y lo llevarán durante un número incierto de generaciones venideras», testimonió Karina Lester, mujer yankunytjatjara anangu de Australia, en nombre de una coalición de grupos indígenas ante Naciones Unidas en 2017.

En la búsqueda de «armas de destrucción masiva cada vez más letales», las autoridades trataron a los pueblos indígenas como «conejiillos de Indias», afirmó. Rara vez se solicitó su consentimiento —y aún menos se obtuvo—, y la protección que se les ofreció fue escasa o nula.

El legado tóxico de los ensayos nucleares ha hecho que muchas comunidades hayan quedado desconectadas de su modo de vida tradicional, sin poder regresar a sus lugares ancestrales ni vivir de la tierra y de las aguas como habían hecho durante siglos.



Un ensayo nuclear francés en el atolón de Moruroa, en Mā'ohi Nui, en 1971.



Un cráter formado por un ensayo nuclear soviético en Kazajistán. Crédito: OTPCEN.

## Australia: cegado por la bomba

En 1953, cuando Yami Lester tenía 10 años, el Reino Unido comenzó a realizar ensayos nucleares en Emu Field, cerca de su casa, en el interior remoto de Australia.

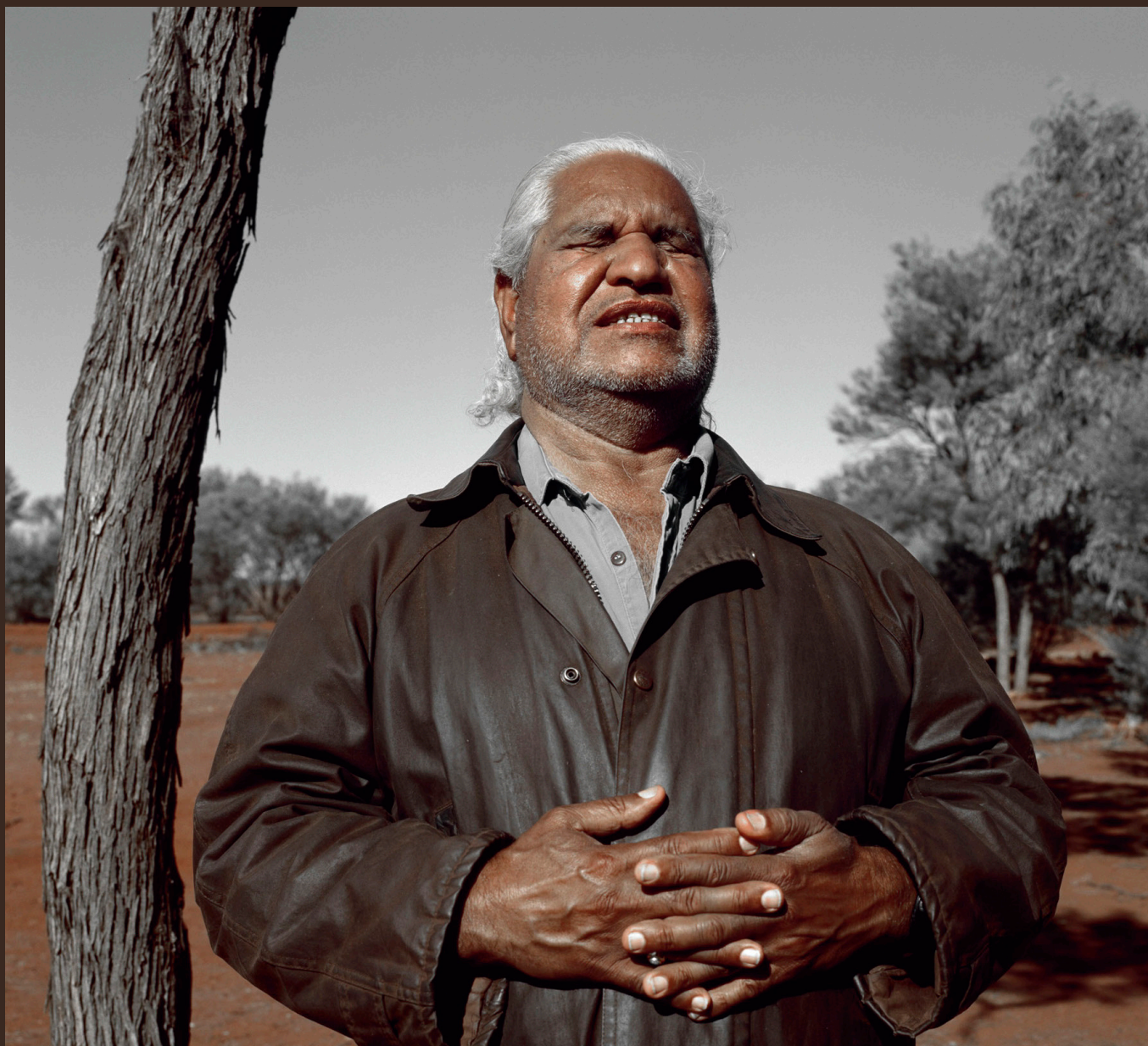
Recordaba que un polvo radiactivo, o «niebla negra», llenó el cielo. Le provocó escozor en los ojos y, al cabo de cuatro años, había perdido la vista por completo.

«Estaba jugando con los demás niños. Fue entonces cuando estalló la bomba», recordó. «Recuerdo el ruido, era un ruido extraño, no fuerte, distinto a cualquier cosa que hubiera oído antes. La tierra tembló al mismo tiempo; podíamos sentir que todo se movía».

En cuestión de horas, todas las personas de su comunidad enfermaron. «Vomitábamos todos; teníamos diarrea, erupciones cutáneas y nos dolían los ojos», dijo. «Algunas de las personas mayores murieron».

Yami se convirtió posteriormente en uno de los principales activistas en defensa de las comunidades aborígenes de Australia que habían sufrido daños como consecuencia de los ensayos. Desde su muerte, en 2017, sus hijos han continuado la lucha por la justicia.

Crédito: Jesse Boylan.



## Kazajistán: un artista nacido sin brazos

Karipbek Kuyukov creció en la aldea kazaja de Yegyndybulak, cerca de Semipalátinsk: el mayor sitio de ensayos nucleares de la Unión Soviética. Recordaba cómo los muebles y la vajilla temblaban cada vez que se producía un ensayo nuclear durante su infancia.

Antes de que él naciera, sus padres subían a una colina cercana a su casa para contemplar mejor los brillantes e inmensos hongos nucleares que se elevaban hacia el cielo.

«Ni siquiera sabían de las amenazas para la salud ni de las consecuencias devastadoras de los crímenes que se cometían contra ellos», reflexionó.

Karipbek nació en 1968 sin brazos. Pese a sus dificultades físicas, llegó a ser un artista reconocido que pintaba con los pies y con la boca. Muchas de sus obras transmiten un mensaje antinuclear.

«Mi misión principal en esta tierra es hacer todo lo posible para que las personas como yo seamos las últimas víctimas de los ensayos nucleares», dijo. «No quiero que estos hechos se repitan en ningún momento ni en ningún lugar del planeta... ¡Que nuestro cielo sea limpio y que nuestros niños estén sanos!».

Entre 1949 y 1989, la Unión Soviética llevó a cabo más de 450 ensayos nucleares en Semipalátinsk, lo que comprende casi una cuarta parte de todos los ensayos que se realizaron a escala mundial.



Una de las obras de Karipbek Kuyukov, titulada «Miedo».

## Islas Marshall: atolones radiactivos

Nerje Joseph tenía siete años en 1954 cuando Estados Unidos llevó a cabo el mayor ensayo nuclear de su historia, «Castle Bravo», a unos 160 kilómetros de su hogar en el atolón de Rongelap, en las Islas Marshall.

Fue mucho mayor de lo previsto y provocó una contaminación mucho más grande de lo que se había calculado. El cielo se tiñó de naranja y rosa. Ninguno de los habitantes del atolón sabía qué había ocurrido.

Horas después, una lluvia de ceniza radiactiva y de fragmentos de coral cayó sobre sus casas y contaminó su piel, su agua y sus alimentos. Pronto empezaron a presentar síntomas de enfermedad aguda por radiación. Nerje perdió el cabello y, como casi todos los demás habitantes del atolón, sufrió quemaduras.

Días después, las autoridades estadounidenses evacuaron a los habitantes de Rongelap a otro atolón debido al riesgo extremo que la lluvia radiactiva suponía para su salud. Pero, tras tres años de desplazamiento, las autoridades los animaron a volver, ya que querían estudiar los efectos de la radiación residual sobre la salud.

«Nunca se han tenido datos de este tipo», declaró un funcionario estadounidense por aquel entonces. «Si bien es cierto que esta gente no vive a la manera de los occidentales, los pueblos civilizados, no es menos cierto que se parecen más a nosotros que los ratones».

Para los habitantes de Rongelap, su reasentamiento de vuelta en casa resultaría catastrófico. Se multiplicaron los cánceres, los abortos espontáneos, las muertes fetales y las malformaciones congénitas.

A causa de la acumulación de isótopos radiactivos, Nerje tuvo que someterse a la extirpación quirúrgica del tiroides. Añoraba volver a los buenos tiempos anteriores a los ensayos nucleares.

Entre 1946 y 1958, Estados Unidos llevó a cabo 67 ensayos nucleares en las Islas Marshall. Solo Castle Bravo tuvo una potencia explosiva mil veces mayor que la de la bomba de Hiroshima. Aún hoy, atolones enteros siguen sin ser aptos para el asentamiento humano, la producción agrícola ni la pesca.



La pérdida de cabello y las quemaduras en los pies de Nerje Joseph causadas por la radiación. Crédito: gobierno de Estados Unidos.

## Otras fuentes de daño

Otros aspectos del desarrollo de las armas nucleares —desde la extracción del uranio hasta la eliminación de los residuos radiactivos— también han tenido impactos devastadores sobre la salud humana y el medio ambiente.

En las minas de uranio, donde se inicia el proceso de fabricación de las armas nucleares, la contaminación radiactiva y química procedente de los residuos mineros se ha filtrado al suelo y a los cursos de agua, dañando a los trabajadores y a las comunidades cercanas. Ninguna mina del mundo ha sido descontaminada por completo tras el cese de la actividad minera.

También se ha producido contaminación radiactiva en reactores nucleares implicados en la producción de plutonio para armas nucleares. En la central nuclear de Windscale (Reino Unido), por ejemplo, un incendio ardió durante tres días en 1957 y propagó penachos de radiación por gran parte de Europa. Toda la leche procedente de las granjas cercanas tuvo que ser destruida.

Muchas comunidades de todo el mundo se enfrentan también a retos constantes en relación con el almacenamiento seguro y protegido de las enormes cantidades de residuos nucleares acumulados a raíz de la producción de decenas de miles de armas nucleares desde 1945. Seguirán siendo peligrosos durante miles de años.



Manifestantes antinucleares en el estado estadounidense de Arizona. Crédito: Jack Cohen-Joppa.



Iroji Kebenli, de 13 años, sufrió quemaduras por radiación cuando Estados Unidos ensayó un arma nuclear en las Islas Marshall en 1954. Crédito: gobierno de Estados Unidos.

El hongo nuclear de la explosión del ensayo nuclear. Crédito: gobierno de Estados Unidos.